

ARTICULO LITERARIO

Las Historias de siempre

Hacia una hora que habíamos salido de Madrid; bueno, eso se dice siempre aunque se viva en sus alrededores. Aranjuez quedaba atrás, nos adentrábamos en los límites de Castilla-La Mancha. Objetivo: llegar lo antes posible al pueblo con mi padre, después de una semana de disfrutar a sus nietos. Descargar las maletas, saludar, comer y dejarte caer en el sofá para descansar un poco del viaje y de la semana de trabajo.

Por el retrovisor un coche en la lejanía de una recta de la autovía ya manchega:

-...verás...

-...¿el qué?...

-...¿has visto?, por lo menos va a ciento noventa, vamos nosotros a ciento treinta y fíjate la pasada que nos ha hecho.

Ambos nos quedamos pensativos, absortos en nuestros rincones; mientras tarareo al volante la canción de la radio. Seguimos charlando.

-...hay que ver lo que han mejorado las carreteras y los coches en pocos años; se te pasa el viaje que no te enteras...

-...es verdad, pero vas tan rápido que apenas si puedes mirar el paisaje y además con los coches de ahora ya no paras a tomar el café con la excusa de que se desahogue. Antes cada cien kilómetros a parar, levantar el capó, estirar las

piernas, sacar el bocadillo de patatas y comerlo despacio, sin prisa, a la sombra del primer árbol, un cigarro, y ala para el coche a recorrer otros pocos kilómetros...

Entran los recuerdos a raudales. Era cierto lo que decía mi padre y no hacía tantos años. Incluso recordamos la anécdota a la vuelta de visitar a los primos de Benidorm, con la piel aún caliente de la quemadura de la playa y las gotas de sudor resbalando por todo el cuerpo a las cinco de la tarde:

-...Madre mía de las Cruces ¡qué calor!, vamos a parar a desahogarnos un poco...



en el otro coche no llevaba calor, claro, que tampoco llevaban la calefacción puesta como nosotros:

-...ahora te da igual la temperatura de fuera; pones tu aire acondicionado y sabes de lo que te estás librando por el termómetro exterior...

Comentarios de lo que hemos progresado, del presente y del

pasado. Ver los pequeños huertos de la veguilla de Madridejos aviva el fuego de los recuerdos:

-...¡qué vida la del hortelano de antaño!. Se levantaba, enganchara las mulas a la noria y sin prisa se iba, después a aflojar los trapos, a regar la hortaliza. Cuando había dejado la alberca a medias, a la casilla, a almorzar unas patatas nadando en aceite, un buen trozo de tocino con otro mayor de pan moreno, acompañado de vino de la tierra y vuelta al tajo. A terminar de regar, sin prisas, ¡pero vaya ahorra!

-...acuérdate también que llevaba levantado desde las cinco de la madrugada...

-...igual que ahora, a las siete que son las cinco...

-..y en medio de la noche se había levantado a echar un pienso a las mulas y al día siguiente a

destripar terrones. Y si era suya la huerta, no andaba mal, pero si era ajeno ¿cuánto ganaba?..



-..pues hombre, depende de las épocas..

-..¿y cuánto costaba un